



PORTADA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE AZPEITIA.--(GUIPUZCOA.)

Entre los magníficos templos que en el país vascongado se hallan, ocupa sin disputa un distinguido lugar la suntuosa iglesia parroquial de la villa de Azpeitia. Construida según el plan que en general dominó al erigir la mayor parte de los indicados templos, consiste su planta en un paralelogramo rectángulo, dividido en tres naves por dos órdenes de columnas, colocados paralelamente á las líneas mayores del rectángulo. Las grandes dimensiones de la iglesia, la elevación de las columnas en las que cargan las bóvedas, y los objetos artísticos que en este sagrado recinto se encuentran, constituyen un grandioso conjunto que satisface la curiosidad del espectador.

Decoran algunas capillas lindos retablos del renacimiento, y en una de la parte del Evangelio se eleva aislado el interesante sepulcro del obispo D. Martín Zurbano, obra de principios del siglo XVI, y por consiguiente del renacimiento. En la capilla del capitán Elola se venera la efígie de San Ignacio, ejecutada en plata para el santuario de Loyola, por el escultor Vergara.

La lámina que va al frente de este número representa la bellísima portada que por diseños de D. Ventura Rodríguez fué labrada con esquisitos mármoles en el pasado siglo; obra digna de aquel eminente profesor, y cuyo gracioso coronamiento remata una estatua de San Sebastián, titular de la parroquia, razonablemente ejecutada.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(Conclusion.)

Cuando hubo pasado el último carro, el extranjero que iba conmigo dijo:

Estos infelices tienen que andar todavía muchas leguas de camino antes de llegar al hospital de Lesneven ó de Pol-Léon, y acaso no encontrarán allí lo que necesitan. Brest no puede contener todos los heridos que envían las escuadras. Los hospitales, las iglesias, las tiendas de campaña levantadas en los antiguos patios de los jesuitas, no bastan á contenerlos. Los cirujanos de la marina no son bastantes para asistirlos, y hasta las medicinas escasean. Las heridas, á falta de

hilo, se curan con cáñamo y estopa. Por espacio de tres días los ambulantes han carecido de vianda y de pan, y los heridos han muerto de hambre.

Yo mismo he visto algunos convalecientes mendigando por la ciudad y disputar á los perros los huesos de cordero. En el hospital la mayor parte de los enfermos están sin vestidos y se pasean por el patio en camisa, ó envueltos en sus mantas; pero todos estos padecimientos no bastan á enfriar el ardor de los marineros: el entusiasmo de estos hombres es como todo el mal que tiene la raíz en el corazón: la miseria les enerva en vez de abatirlos, y no es porque sean republicanos decididos, es porque esta es una raza fiel y valerosa que una vez puesta una bandera en el mástil, se sacrifican hasta morir por ella sea cual fuere su color.

Estos marinos además son infatigables; nada les abate ni les rinde: no tienen de carne más que el corazón, todo lo demás es de hierro. Si tuviéramos oficiales parecidos á estos marineros, la Convención podría decretar que el Océano formara parte de las posesiones de la república; pero no hay oficiales. Todos eran nobles, y de consiguiente han abandonado nuestros puertos para pasar al extranjero. La ambición sin embargo ha detenido en sus puestos á algunos oficiales de que la república podría sacar algun partido; pero hay poca confianza en su patriotismo, y su número por otra parte era poco crecido.

En cuanto á los oficiales azules, ocupados por largo tiempo en desempeñar papeles secundarios, son de todo punto extraños al mando. Todos ó la mayor parte son villanos corsarios, aptos para esos combates marítimos habidos entre dos navios en medio del Océano; pero nada saben de táctica naval ni de las grandes evoluciones de una escuadra.

Todos esos marineros de hierro, que han encontrado en sus hamacas al despertar una charretera de capitán, se encuentran embarazados con los bordados de su trage, y hasta tienen vergüenza de sí mismos y no osan dar un paso por temor de hacerse ridículos y su ignorancia paraliza su valor. La tripulación comprende la ineptitud de los gefes y los retira su confianza, se chancean con ellos, les insultan, y la disciplina se relaja. Han tenido lugar muchas disputas en la escuadra de Villart antes de su partida, y principalmente á bordo del *Neposuno* 3 DE OCTUBRE DE 1831.



El discurso pronunciado en esta ocasion por el capitán de estos marineros amotinados os puede dar una idea de la ignorancia de nuestros nuevos oficiales.

Lo he copiado en mi *agenda*, y hélo aquí: es un fragmento histórico: fué pronunciado en la bahía de Brest en presencia del representante del pueblo Juan Bon Saint André.

—« CIUDADANOS:

» Es una cosa indispensable y sin la cual todas las otras quedarían en la mas grande morosidad.

» Hace mucho tiempo que obráis en todo bárbaramente conforme á mi deseo. Sé que tenéis derechos terribles; pero sé tambien que no se puede subyugar á ninguno á mi destino, sin prodigar razones para ello. Esta es la razon por qué abandono el entrepuente para dejar la palabra á Juan Bon Saint-André que viene espresamente para concluir mi discurso.

» Viva la república, una, indivisible é imperecedera. »

—¿ Esta copia es auténtica? pregunté tomando la *agenda* de manos de mi compañero de viaje para leer otra vez este increíble discurso.

—Ha sido copiada al pie del mástil, me respondió, con el discurso de un capitán que habia sido atado allí por orden suya. V. comprenderá que una ignorancia semejante por parte de los *g-fes* debe escitar el menosprecio y la burla de los inferiores. Un jefe ridiculo siempre es un mal jefe. Añada V. á estas causas de desden, la falta de recursos, la mala organizacion, las dificultades de una nueva administracion construida con las ruinas de otra, y en fin las dificultades generales de la situacion actual. En este momento Brest carece de todo. La provision de las flotas y los pasajes de las tropas han desolado el pais; la mayor parte de los paisanos se han retirado de los mercados, han ocultado sus granos, abandonado sus bestias por los campos, y no pueden recogerse provisiones mas que por via de provision y con sable en mano.

El trigo anda tan escaso, que si convidan á cualquiera á que coma en casa de un amigo, le suplican que lleve el pan que ha de gastar. Las tiendas de todas clases estan vacias y cerradas, y no se piensa en comprar paño ni seda: verá V. las dos terceras partes de esta poblacion que vive en medio de las brumas y las tempestades vestidos de terliz; es la única tela que se puede uno procurar en la ciudad, y se debe todavia á dos presas inglesas que se han hecho hace poco. La república no ha pagado en cinco meses los equipages de su escuadra, y no dejará V. de ver algun capitán de navío en cucullas lavando en la bomba su ropa blanca, con sus grandes charreteras y su espada al lado. En medio de esta carestia hay algunos gefes que disponen de los recursos del puerto y que estando nadando en provisiones emplean para su uso tres cocineros. En cuanto á los representantes del pueblo, maldito el esfuerzo que hacen por cambiar el estado de las cosas. Se contentan solo con predicar el fanatismo en los clubs, y de cuando en cuando celebran una funcion al Ser Supremo, destierran á los sacerdotes, guillotinan á las mugeres y á los viejos, y cuando estan mas moderados les envian á las prisiones del castillo, de las que no se sale mas que para subir en el carro del verdugo.

—¿De qué nos sirve la revolucion si no la debemos mas que el amonoriamento de nuestras fuerzas, el despilfarro de nuestros recursos y la destruccion de nuestra libertad y de nuestra tranquilidad?

—No acuse V. á la revolucion; ella no ha hecho mas que recoger lo que se habia sembrado: todas las desgracias que sufrimos son la causa necesaria del régimen que acaba de concluir; son resabios de la monarquia que ha perecido: nuestra pobreza la consecuencia de las prodigalidades precedentes: la ignorancia de nuestros oficiales de marina el resultado de la organizacion aristocrática mantenida hace tanto tiempo y que solo estaba al alcance de los nobles, sin permitir á los demas ningun medio de instruccion, ninguna esperanza de mando; de suerte que hasta el despilfarro que existe en este gran puerto es un resto de las tradiciones del antiguo régimen. Los hombres de ahora no son hijos de la república; son discípulos de la monarquia: su inmoralidad nace de las lecciones y de los ejemplos de aquella. Va V. á ver á Brest: pues Brest le causará á V. horror y pena, porque está en un estado espantoso; pero no se pague V. de las primeras impresiones. El Brest de otros dias estaba bien gobernado: el privilegio, la injusticia y la insolencia se encontraban en la clase baja, y la tirania del gran cuerpo tenia cierta regularidad que la hacia menos notable. En el Brest de hoy, por el contrario, la reaccion popular se deja sentir en toda su caprichosa novedad, y no tienen reglas ni objeto; es bruta, ignorante, y se dá toda la prisa que puede para tomar la rebancha de muchos siglos: de suerte que no está el mal organizado como antes; el de ahora es el mal en desorden; no es un sistema inicuo; es un motin feroz, que sin embargo es menos perjudicial que aquel á quien ha reemplazado, porque es transitorio. Sufrimos ahora una enfermedad de que podemos curar, mientras que antes el mal estaba en nuestra constitucion misma. Piense V. en esto cuando entre en la ciudad, y

elévese V. sobre la punta de sus pies para mirar el porvenir por cima de la cabeza del presente.

Por lo demas, bien pronto va V. á juzgar por sí mismo de cuanto le he dicho, porque ya hemos llegado.

En efecto Brest estaba delante de nosotros. La cúpula de vapor que cubre siempre las ciudades parecia envolverla hasta su base. De trecho en trecho algunos pálidos rayos del sol, rompiendo á través de la niebla, herian los edificios mas elevados arrojando sobre Brest una luz incierta. Merced á este vago resplandor, se percibian detrás de los árboles que le rodeaban como una faja de hojas, los caminos que llevan al cuartel de la marina que está dominado por la gruesa torre de San Luis. Mas allá se extendia la rada con sus navios anclados, y mas lejos todavia, destacándose en el horizonte, el Menez-hom, que parecia suspendido del cielo como una sombra oscura. Esta semejanza tenia algo de extraño y triste. Se hubiera creido ver una de esas ciudades de nubes que se forman en el horizonte y de las que un sol poniente dibuja los contornos.

Se oyó un cañonazo, y su detonacion corrió por algunos minutos á lo largo de los peñascos que forman la bahía.

Me sobrecogió al oírle un presentimiento doloroso, tal que hubiera querido volverme sin entrar en Brest; comuniqué á mi compañero de viaje esta especie de repulsion que experimentaba, y él se sonrió tristemente.

—¿Quién sabe! me dijo, acaso sea ese el instinto de conservacion dado por la naturaleza á todos los seres que acaban de despertarse en V.

Cuando acabé de decir esto entramos por las puertas y yo quedé sorprendido de la soledad que reinaba en las calles: no se encontraba en ellas ni á las ventanas de las casas ni una persona; se la hubiera creido una ciudad abandonada. Sin embargo, andando un poco mas nos pareció oír un rumor sordo y lejano, despues un rugido inmenso y entrecortado, por último un clamor salvaje que estalló de repente. Entonces dimos vuelta á una calle, el charaban se detuvo, y nos encontramos enfrente de una muchedumbre apiñada al rededor de la guillotina que estaba en medio esperando.

Al verla retrocedí al fondo del carruaje lanzando un grito.

—¿Dios mio! ¿á quién van á matar? exclamé yo pálido de horror.

—Mi compañero de viaje la habia visto tambien y levantó los hombros suspirando y me dijo:

—¿Tiene V. amigos ó parientes en Brest?

—Entonces no mire V., añadió, cerrando él mismo los ojos como para escapar de aquella imagen espantosa. Hace un mes que llegué á esta plaza en el instante en que el verdugo mostraba una cabeza al pueblo.... era la de mi mejor amigo.... No mire V. señor, no mire V.

Pero nada oí; se habia apoderado de mí esa fiebre loca que produce el espanto y el dolor; me levanté, y de pie sobre las varas del charaban tendia con ansiedad, por medio de aquella multitud, mis miradas.

Bien pronto se notó una ondulacion precipitada, y el carro fúnebre apareció.

Todavía no podia yo distinguir las facciones de los condenados; solamente veia que eran tres, dos hombres y una muger; fueron acercándose poco á poco: yo, aturrido enteramente, me incliné hacia ellos á sazón que se volvian hacia nosotros. Estuve próximo á dar un grito de alegría; ninguno me era conocido.

El primero era un anciano, cuyos blancos cabellos estaban cuidadosamente separados de la frente y cuyo traje anunciaba una esmerada elegancia; caminaba á la muerte sin la apariencia de valor y sin la belleza de la resignacion, como si fuera á desempeñar cualquier obligacion habitual é indiferente.

Al detenerse el carro levantó una muger en sus brazos á un niño de cinco ó seis años que acercándose al anciano y tocándole la cabeza con la mano le preguntó con una voz dulce y cariñosa:

—¿Es cierto que le van á guillotinar á V.?

El anciano se volvió sonriendo, y le dijo pasándole la mano por la cara:

—Sí, hijo mio: mas dime: ¿quién es tu padre?

La muger pronunció un nombre que no pude oír.

—Vaya, vaya, somos conocidos antiguos; dijo abrazando al niño.

—Oye; cuando vayas á casa di á tu madre que has visto guillotinar al padre de uno de sus antiguos bailadores, al padre del general Moreau.

Durante esta escena que nadie podria pintar, permaneci inmóvil, y solo los gritos de la multitud pudieron sacarme de mi arrobamiento.

El segundo de los condenados queria bajarse del carro: pueste de rodillas, con las manos cruzadas y los ojos inflamados, pedia perdon al pueblo, y con una voz suplicante, loco de miedo gritaba:

¡Viva la república! ¡Viva Robespierre! ¡Viva la guillotina!

La falta de valor en este hombre causaba al mismo tiempo lástima y sentimiento.

Un gendarme se aproximó á él, y empujándole con fuerza le hizo caer sin sentido en el fondo del carro.

La tercera víctima era una religiosa aun joven y de extraordinaria hermosura: sus limpios ojos se paseaban sobre el pueblo con una complacencia melancólica: parecía sin embargo que el ruido de la multitud no llegaba hasta su alma y que iba siguiendo algún pensamiento lejano ó conversando con una vision. La obligaron á desnudarse, y cuando se acabó de quitar su vestido alzose de aquella muchedumbre un rumor de sorpresa, un murmullo inefable mezclado de piedad, de admiración y de cínicos deseos.

—¡Mirad la monja! ¡La monja desnuda!

Ella apoyó la frente sobre el carro y se puso á rezar.

—¡Qué hermosa es! ¡esclamé sin poder contenerme.

—Sí, lo que yo quisiera saber, me interrumpió mi compañero de viage, cuál de los jueces la tendrá esta tarde por querida.

—¿Qué dice V. ? ¡esclamé horrorizado.

—Nada mas que lo natural; y si no preguntad á B... cómo se viola un cadáver.

Yo me arrojé espantado en el fondo del carruaje.

Algunos minutos despues nos detuvimos delante de la casa donde yo iba á parar; me apeé y pedí mi maleta despidiéndome de mi compañero, quien me dijo:

—He tenido mucho gusto en encontrar á V.: en el tiempo en que vivimos es imposible, es una gran cosa poder pasar medio dia en compañía de un hombre que no cause pena ni disgusto, y me pidió mi nombre.

Yo se le dije.

Y tomándome la mano añadió: si alguna vez pasais por la ciudad de Actius, preguntad por el ciudadano Correc de la Torre de Aubernia, y encontrareis un amigo.

Entonces partió, y antes de haber desaparecido volvió para saludarme con la mano.

En el momento en que yo llegé á Brest (22 de junio de 1794) el tribunal revolucionario estaba en plena actividad. La condenación de veinte y seis administradores de Finisterre acusados de federalismo dió principio á su larga serie de muertes jurídicas. El presidente Ramey cerró la boca á los defensores, declarando que si pretendían defender á los acusados, tendrían ellos mismos que dar cuenta de sus opiniones: así que todos fueron condenados.

Desde mi llegada á Brest supe que estaba anunciada la fiesta del Ser Supremo. Prieur de la Marne estaba encargado de los preparativos.

Cuyo programa estaba concebido en estos términos:

«El representante del pueblo, teniendo á su lado la libertad y la igualdad, se colocará en lo alto de la Montaña y pronunciará un discurso análogo á las circunstancias.

«En seguida se dejará oír una dulce y armoniosa música. Un coro de padres con sus hijos se agrupará á la parte de la montaña que le sea designada; otro de madres con sus hijas se colocará al lado opuesto.—Los hombres cantarán jurando no dejar las armas hasta no haber destruido á los enemigos de la república. Las madres y sus hijas cantarán prometiendo no casarse con hombre que no haya servido á la patria. Los dos coros reunidos entonarán despues un himno al Ser Supremo ofreciéndole los homenajes de un pueblo libre.

«Y para concluir cantarán todos juntos el himno á la libertad que comienza *Amor sagrado de la patria*. En el instante en que concluyan, las madres levantarán en sus brazos á sus hijas mas pequeñas presentándolas en homenaje al autor de la naturaleza: las jóvenes arrojarán flores á lo alto, las espadas se agitarán en el aire. Se hará una descarga de artillería, y para concluir la fiesta se dirigirá á la divinidad un grito de viva la república.»

La noticia de la toma de Port-Vendre, de Santa Elena y de Colliure se anunció á poco por una descarga general, y produjo en la concurrencia una impresion imposible de pintar: hubo un instante en que todos los gorros encarnados fueron lanzados á lo alto; se olvidaron todas las opiniones, se juntaron todas las manos, y todas las bocas repetían sonriendo ¡Victoria!

La reaccion que siguió al 28 de julio hizo que se buscara una revolucion de principios en lo que realmente no fue mas que un complot de personas.

Los Thermidorenses sustituyeron á Robespierre y á Talieu, y el despacho del comité de salud pública que anunciaba este cambio, fue acogido en Brest, como en todas las ciudades, con el grito de ¡Viva la Montaña!

Una vez anunciada esta reaccion, su ejecución se hizo necesaria; los Thermidorenses organizaron en su provecho la clemencia, como los jacobinos habían organizado el terror. Las prisiones empezaron á ser mas escasas; y se quitó sus empleos á los terroristas mas comprometidos: pero esta revolucion que debía dar seguridad al resto de la Francia, anunció á los republicanos bretones una opresion mas insufrible y sangrienta que la que les había agobiado. Los carlistas perseguidos con menos encarnizamiento, se preparaban para organizar una insurrección, y escapados apenas de la guillotina de los Jacobinos,

los realistas de todas partes venían á caer sobre los valles de Chouan. Juan Chouan mandaba á los insurgentes de aquella parte, y conociendo que despues de la destrucción de la armada vendense y la muerte de Tahnout se había hecho mas difícil su posicion, queriendo hacerse olvidar por algun tiempo se retiró á la Bretaña. Pero habiendo sabido que los republicanos de Eruel se habían extendido por las tierras de Bourgan para cortar las hayas que favorecian las emboscadas de los realistas, condujo al instante sus tropas contra ellos y les batió en un sitio llamado *Rougefeu*; pero el mismo dia encontró una columna de guardas nacionales patriotas y tuvo que refugiarse de nuevo en los bosques de Misdou.

Muy pronto salió de allí para desarmar á los patriotas de Baconiere y de Andouille.

Los realistas quisieron reunirse cerca del estanque de Olivet; pero les faltaban municiones y fueron de nuevo dispersados por los republicanos. Juan Chouan se decidió á ir él mismo á buscar las municiones que necesitaban y no confió su proyecto mas que á un tal Goupil diciéndole que corrían peligro de muerte, y si no se sentía con fuerzas para seguirle que iria solo: su camarada le ofreció ir donde él fuera.

Salieron los dos á media noche, y quitándose los zapatos para no ser sentidos, fueron saltando paredes hasta llegar por calles poco concurridas al arrabal de S. Martin. A cien pasos de la iglesia que servía de cuartel á los republicanos había una casa en que tenían estos almacenadas las municiones: aquí llegaron nuestros dos héroes, y encaramándose Juan Chouan sobre los hombros de su compañero ganó una ventana que estando abierta le permitía pasar al interior, y bajando silenciosamente para no despertar á nadie, abrió la puerta á Goupil.

Estando allí se apresuraron á hacer dos grandes paquetes de pólvora, y emprendieron nuevamente su peligroso viage.

Pocos dias despues, estando Juan Chouan en el bosque batiendo á los republicanos, estos cogieron prisioneras á sus dos hermanas; sabido por él, fue con toda su gente á cortarles el camino; pero habían tomado otro, y antes que él lo supiera le anunciaron la muerte de entrambas.

A contar desde aquel dia, sus trabajos fueron menos frecuentes.

Su hermano René mostraba siempre una crueldad que indignaba á Juan Chouan: un dia que aquel había matado una mujer embarazada por la sola razon de que huía de él, Juan Chouan fuera de sí mandó que le fusilaran; y como ninguno quisiera obedecer,

—Yo me tomaré por mi mano la justicia, dijo echándose el fusil á la cara; pero Miguel Cribier se le quitó.

—Y osas desarmarme! le dijo: ¿has olvidado que soy tu gefe?

—Acaso lo habré olvidado; pero me acuerdo que soy amigo tuyo, y de lo que hago ahora algun dia me darás las gracias.

René en tanto había desaparecido.

A los pocos dias supo que los republicanos habían salido de Sain Ouen y se decidió á caer sobre aquella parroquia con la idea de que sus gentes aprovecharan este momento de seguridad para procurarse alguna ropa de casa de sus amigos. Dejó á un hombre de centinela para que avisase; pero este abandonó su puesto y cayeron de repente sobre ellos los republicanos. Los realistas huyeron, y Juan Chouan estaba ya lejos y al abrigo de los tiros del enemigo, cuando oyó á la muger de su hermano René que le llamaba en su defensa. Corriendo vino á donde estaba, y para darle tiempo que huyera hizo frente al enemigo, pero una bala vino á herirle en medio del pecho y cayó al suelo. Sus gentes que no le veían venir volvieron á buscarle y le encontraron tendido en la tierra. Fué necesario, porque no se tenía á caballo, estenderle sobre una sábana y cojerla por las cuatro puntas; su hermano René le sostenía la cabeza. Luego que llegaron al bosque de Misdou todos se despojaron de sus vestidos para hacerle una cama mas blanda: entonces se reanimó un poco, les dió algunos consejos, designó por sucesor suyo á Deliere, y espiró.

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO V.

Un don Blas.

El *contra pereza diligencia*, que recomienda la doctrina, empezaba á desarrollarse en el enamorado Luis; y si no conseguía alcanzar á la encantadora Magdalena, era muy posible que se pusiera en el camino de la bienaventuranza, cambiando un feo vicio por una hermosísima virtud. Este felicísimo cambio hubiera augurado cualquiera al verlo correr desde la fonda de diligencias á la casa de postas, sin encomendar á su criado una operacion, que le hubiera parecido insoportable algunos dias antes, y que consideraba ahora como entretenida y agradable.

—¿Hay billetes para Bayona? gritó al entrar en el despacho.
—Dos hay, repuso el encargado, extrañando la diligencia del viajero.

—Pues póngalos V. á nombre de don Luis Meneses.
—Al momento.

Luis recordó entonces que no llevaba dinero bastante; pero cuando iba á rogar al encargado que esperara un momento, vió que Francisco, á quien había dejado atrás en su impaciencia, se adelantaba lentamente, cogía los billetes, y los pagaba sin proferir una palabra. Meneses aplaudió en el alma la pantomima de su criado, y marchando delante de él, se dirigió á su alojamiento. Aunque había disminuido mucho su indolencia, se dejó caer, quizás por cariño, sobre la butaca de viento, y después de haber estendido ambas piernas sobre el confidente, dijo á su criado:

—¿Ya habrás comprendido, Francisco, que vamos á Bayona?

—Ya: repuso el criado con un laconismo que equivalía á una manifestación desaprobación.

—¿También habrás adivinado que debes hacer las maletas?

—También.

—Pues manos á la obra.

—Ya voy; pero antes haré una pregunta.

—Que sea corta.

—¿Ha reflexionado V., señorito, que un viaje á Bayona no es lo mismo que un viaje al Escorial?

—He reflexionado.

—¿Y nada se le ocurría á V.?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada.

—Pues me voy á hacer las maletas.

—Anda con Dios.

—Otra pregunta.

—Que sea la última.

—¿Usted tendrá que despedirse?

—No.

—¿De nadie?

—De nadie.

—¿Ni de doña Luisa?

—Ni de san Luis.

—¿Me despido yo por V.?

—No.

—Pues me voy á hacer las maletas.

—No tardes, Francisco.

Francisco llegó hasta la puerta; pero se detuvo y murmuró:

—Quisiera hacer otra pregunta.

—No quiero mas preguntas.

—Señorito, es muy importante.

—Que lo sea.

—Se trata....

—No quiero saberlo.

—Pero señor.....

—Haz al instante la maleta.

—Pues lavo mis manos.

—Está bien.

Francisco era un hombre de acción, de mucha acción; en política hubiera sido un revolucionario admirable, un agitador popular casi tan bueno como Daniel O'Connell; mucho mejor que las nueve décimas partes de esas grullas político-sociales que graznan y trasmigran desde un extremo al otro de la civilizada Europa; y sin embargo, el pobre Francisco no había llegado á ser siquiera cabo furriel de nacionales en el año cuarenta, ni comisario régio nueve años después. Es verdad que el criado de Luis era completamente iliterato para aspirar á lo segundo, y no había alcanzado lo primero porque era page de una camarista de Castilla. Estas reflexiones tienen poquísimo que ver con el viaje á Bayona; pero dejan adivinar que Francisco arreglaría en un santí amen las maletas de su enamorado señor. Practicada esta operación, todo lo demás era óbvio; y cuando Luis y su criado se instalaron en la silla-correos, nada faltaba á los viajeros de cuanto pudiese apetecerse.

La comodidad del asiento hizo olvidar á Francisco los dos viajes al Escorial; y sin un escozorcillo que le atormentaba interiormente, se hubiera juzgado feliz. Este escozorcillo no le impidió dormirse á tres millas de Madrid; y aunque la rapidez de la silla no le permitía ver bien los pueblos por donde pasaba, cuando llegó á Bayona dijo que había aprendido geografía.

Llegados á Bayona, la situación de Luis empeoró mucho; pues teniendo que tratar con franceses, y no entendiendo Francisco una palabra de *gabacho*, así él llamaba al idioma de nuestros vecinos, tenía que sustentar Meneses todo el peso de las discusiones; cosa mas penosa para él que para Atlante sustentar la inmensa Lóveda del cielo.

Sin embargo, había variado mucho su carácter; y contentándose con dejar á cargo de Francisco el arreglo del equipage, se mudó de traje en diez minutos, y se encaminó al parador de la diligencia de Madrid. Llegado á él, se acercó al despacho, examinó al que tenía un rostro mas simpático, y le dijo:

—¿Tendrá V. la bondad de decirme si ha llegado la diligencia que salió de Madrid el diez y ocho á las doce de la noche?

—Sí señor, la diligencia que V. dice ha llegado; repuso el francés cortesmente.

—¿V. será tan bondadoso que me permitirá una nueva pregunta?

—Cuantas V. crea necesarias.

—¿Ha venido en esa diligencia un caballero.....?

—¿Que se llama? interrumpió el tenedor del registro, terciando en la conversacion.

—Don Blas; tartamudeó Meneses, no pudiendo añadir al nombre su correspondiente apellido, y no queriendo confesar su crasa ignorancia en la materia.

—¿Aquí lo tengo! exclamó alegremente el interpelado. Don Blas Medecotelechea.

—Exactamente, repuso Luis ébrio de gozo; pues no dudó que había aprendido el apellido deseado.

—¿Quiere V. saber algo mas?

—Tengo que visitar á ese caballero, y desearia saber su hospedage; pero seria abusar.

—No señor, y lo sabremos ahora mismo ¡Blanesué!

—¿Qué se ofrece, señor? preguntó respondiendo al apellido de Blanesué, un mozo de las diligencias, algo parecido á un gallego, pero que debía ser un normando.

—¿Has llevado tú el equipaje de don Blas Medecotelechea?

—Sí señor.

—Pues conduce á este caballero á la habitación de don Blas.

—Al momento.

Luis agradeció á los encargados su eficacia y buena voluntad, y siguió al normando, que lo precedía alegremente, pensando sin duda en la propina. Cruzaba Meneses las mismas calles que había traído, pero caminaba en silencio embriagado con la dulce idea de haber encontrado á Magdalena. Mucho le ocupaba su éstasis, pero salió de él al pisar el zaguán de la misma fonda en que había sentado sus reales.

—Ya hemos llegado: dijo el normando descubriéndose, y alargando un tanto la mano.

—¿Se hospeda aquí don Blas? le preguntó Meneses.

—Aquí.

—Muchas gracias, y toma.

Luis puso una moneda de cinco francos en la manó del normando, que no acertaba á darle las gracias; tan embargado lo tenía el gozo de haber recibido una propina casi régia, y Luis subió á su habitación, resuelto á visitar á Magdalena.

CAPITULO VI.

El Marido.

—¡Victoria, Francisco, victoria! gritó D. Luis entrando en su aposento.

—¿Victoria, por quién? preguntó el criado, dejando un frac que estaba limpiando.

—¿Por quién ha de ser, majadero?

—Qué se yo; y porque no lo sé, precisamente lo pregunto.

—Francisco, ¿quieres que te rompa la parte superior del cráneo?

—No señor. No tengo relaciones con ningún cirujano francés, y me compondrían mal la rotura.

—Pues si no quieres entrar en relaciones con los cirujanos de Bayona, procura ser menos estúpido.

—Señorito, he oído decir mas de una vez, que los golpes en la cabeza hacen á los discretos tontos; pero no que hagan á los tontos discretos.

—Si lo que tú tienes de bellaco tuviera yo de santo, ya habria ganado el cielo.

—Amen.

—Pero hablemos de lo que importa.

—Eso es lo que yo deseo, señor.

—Francisco, he descubierto á Magdalena.

—¡Cáspita! exclamó Francisco, dando un salto atrás de alegría.

—Ni mas, ni menos.

—¿Con que ya no tenemos que ir tras ella hasta el fin del mundo?

—No. La tenemos aquí.

—¿En Bayona?

—Y en la fonda del Comercio.

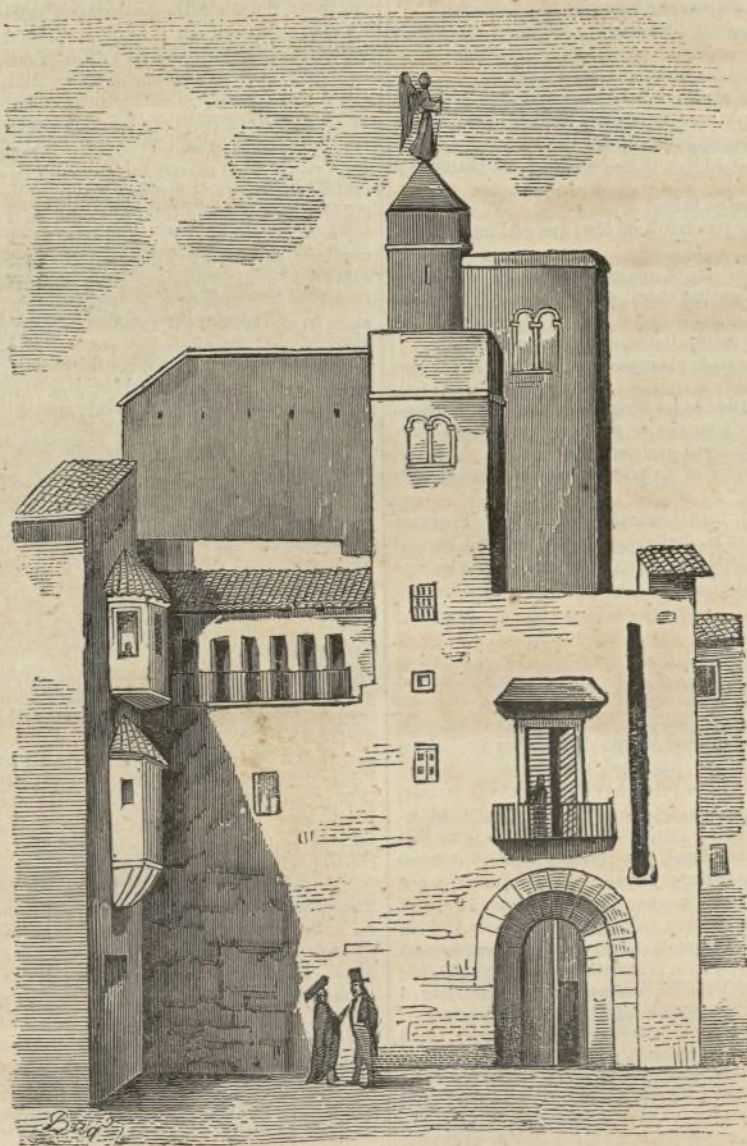
—¿Bajo el mismo techo que habitamos?

—Precisamente.

—Quiera Dios.... murmuró Francisco.

—¿Qué murmuras? le preguntó Luis.
 —Decía: Quiera Dios que no se nos escape como de la fonda del Escorial.
 —Pierde cuidado. No pienso dormirme en las pajas.
 —¿Qué piensa V. hacer?
 —Ahora lo verás.
 Luis sacudió el cordón de la campanilla, y al punto se presentó un criado.

—¿En esta fonda está alojado un caballero español, que se llama don Blas Medecotelechea? le preguntó Meneses.
 —Sí señor; y ocupa el cuarto número 10: repuso el criado de la fonda.
 —Pues bien: toma esta tarjeta, dásela de mi parte, y dile que deseo tener el honor de presentarle mis respetos.
 El criado tomó la tarjeta, se inclinó respetuosamente, y salió.
 —¿Y qué ha querido decir, señor, esa pantomima? preguntó Fran-



(La torre del Angel en Palma.)

cisco, que no había entendido ni una sola palabra del diálogo de Luis con el criado, porque hablaban ambos en francés.

—Quiere decir, repuso Meneses, que para que no se nos escape Magdalena, como nos ha sucedido otras veces, he resuelto verla ahora mismo.

—Me parece muy bien pensado. ¿Pero quién introduce á V. con esos señores?

—Yo mismo. Dos españoles que se encuentran en país extranjero, deben visitarse.

—Es una idea eminentemente patriótica. ¿Pero y si don Blas....

—¿Qué?

El mozo de la fonda entró á interrumpir el diálogo, diciendo á Meneses:

—El señor D. Blas Medecotelechea espera á V.

—Voy al momento: repuso Luis, y sin responder á las preguntas de Francisco, se lanzó al corredor, siguiendo los pasos del mozo de la fonda, que le iba sirviendo de guía.

Llegaron al número 10, el mozo empujó una mampara, y Luis se encontró en una salita bien amueblada, y que servía de recibimiento á tres habitaciones mas. En esta salita lo esperaba un hombre de buena estatura, rostro franco y como de cincuenta años de edad, que se apresuró á presentarle la mano y á ofrecerle un asiento.

—¿Tengo el honor de hablar al señor D. Blas Medecotelechea? preguntó Luis, para entrar de este modo en conversacion.

—El honor es mio, caballero, en recibir al señor D. Luis de Meneses: repuso D. Blas.

—Señor D. Blas, parecerá á V. muy extraño que me haya tomado la libertad de solicitar esta entrevista, sin haber tenido antes el honor de tratarlo, ni aun de conocerlo: pero viéndome fuera de España no he podido resistir al deseo de saludar al primer compatriota que habitaba bajo el mismo techo que yo.

—Nada mas natural, amigo mio; y esos sentimientos honran mucho á quien los abriga. Yo me doy el parabien por haber tenido esta ocasion de ofrecer á V. mis respetos y mi amistad.

—Muchas gracias por tanta bondad; y V. puede contar desde ahora con mi profundo agradecimiento.

Se interrumpió la conversacion, y Meneses creyó oportuno entablarla de nuevo, con una pregunta muy análoga á sus intereses.

—¿Han descansado las señoras? dijo con una espresion de interés, que hubiera convenido muy bien á un antiguo amigo de la casa.

—Si señor; y no las ha saludado V. ya, porque han ido á dar un abrazo á una íntima amiga de mi hija, que fué su compañera de colegio. Pero no tardarán.

—Tendré mucho gusto en ponerme á los pies de las señoras.

El silencio volvió á reinar; D. Blas se creyó obligado á romperlo, y preguntó á su vez:

—¿Piensa V. permanecer mucho tiempo en Bayona?

—Verdaderamente no lo sé. Mi viaje no tiene un objeto formal; es un verdadero paseo, una de esas escursiones que hacemos para no morirnos de calor. ¿Y V. piensa alejarse mas?

—Si señor: me detendré aquí muy pocos dias, y marcharemos á Bearríst.

—¿Piensa V. tomar aquellos baños?

—Yo no; pero se los han mandado á mi hija, que está un tanto delicada.

—He oido tanto bueno de Bearríst, que me inclino mucho á visitarlo. —Nunca en mejor ocasion que ahora; y haremos juntos la temporada.

—Tiene V. razon, y me decido. Haremos juntos el viaje.

—Pues aseguro á V. que no lo pasaremos mal, y que V. sacará partido de la temporada.

—Yo saco muy poco partido de las diversiones: dijo Luis, queriendo pasar por hombre grave á los ojos de su futuro suegro; sin duda porque la gravedad le parecía una cualidad de marido.

—V. es jóven, y los jóvenes se divierten en todas partes: observó Don Blas sonriendo.

—No soy viejo, señor D. Blas; pero aseguro á V. á fé de hombre honrado, que no me seducen las diversiones, y que prefiero á las mas bulliciosas, los placeres íntimos de la amistad, ya que no gozo los mas íntimos de la familia: repuso Luis con acento un tanto dramático.

—¿Vive V. solo?

—Como un hongo.

—¿Es V. soltero por lo tanto?

—Soltero.

—¿No tiene V. padres?

—No señor.

—Comprendo muy bien que desee V. las satisfacciones domésticas.

—No sabe V., señor don Blas, hasta qué punto las desee.

—Pues me parece muy extraño que no haya V. pensado en casarse.

—He pensado en ello muchas veces: pero V. sabe que el matrimonio es un gran bien ó una terrible calamidad, según los auspicios bajo los cuales se contrae. Yo soy hombre de corazón y quiero casarme enamorado; pero quiero que la razon venga en apoyo del amor, y que la primera no condene la eleccion que haya hecho el segundo.

—Piensa V. muy bien; y veo con gusto que no pertenece V. á esa falange de jóvenes, verdaderamente calaveras, que ó se enamoran á primera vista de una muger, y todo lo arrostran sin conocer sus cualidades, ó se casan por vil interés con una muger á quien no aman, á quien no pueden amar, y á quien hacen horriblemente desgraciada.

—Si será muy pobre don Blas, y Magdalena muy virtuosa, pensó Meneses, cuando sostiene que el presunto marido debe tratar mucho á su futura, y no reparar en intereses? Pero mi suposicion es muy gratuita: D. Blas viaja con mucho boato para ser pobre, y aunque Magdalena no tuviera ni un real de dote, yo la querría como la quiero, y sería su esposo, como lo seré si consigo que corresponda á mi pasión. En cuanto á que Magdalena es un ángel, bien lo manifiesta su cara.

Como pensaba para sí Meneses, no hablaba, y la moraleja de don Blas estaba sin contestacion; este queria saber cómo opinaba su nuevo amigo, é insistió:

—¿No opina V. conmigo respecto á los matrimonios por interés?

—No solamente opino con V., sino que tendria gravísimo inconveniente en dirigirme á una muger rica, sabiendo que lo era de antemano.

—No quiero yo decir tampoco que el contigo pan y cebolla sea una cosa muy agradable.

—Es rico, pensó Luis; pero vino á interrumpir su pensamiento la presencia de las señoras.

(Continuará.)

JUAN DE ARIZA.

LA PAZ PERPÉtua.

HISTORIA DE ESTA IDEA.

¡La paz perpétua!—¿Será cierto que, como dice un escritor célebre, la solucion de este problema nos esté prometida con el tiempo? ¿Será mas bien una de las infinitas locuras que aquejan á la inteligencia humana?—«Jamás ha existido un solo elemento que afiance, no la perpetuidad, sino la permanencia, por tiempo razonable, de la paz (esclaman con la sonrisa del desprecio muchos filósofos y políticos). En vano sueña con ella el hombre, nacido con irresistibles impulsos belicosos; el hombre que á falta de otros campos de batalla, mantiene en lo interior de su alma una lucha intestina, la de la razon y las pasiones. Las guerras son unos grandes medios providenciales de civilizacion y progreso: inútil es pues cansarnos en semejanter puerilidades, tan risibles como el empeño de hallar la *piedra filosofal* y el *elixir de larga vida*.» No es nuestro ánimo discutir en este artículo el pro ni el contra; queremos solo historiar brevemente el rastro que va dejando esa idea en el mundo científico, ya que en la actualidad se celebra el segundo congreso de la Paz. A nuestro juicio hay en todo una *perfeccion ideal*, hácia la que avanzamos continuamente al través de vaivenes y tormentas, pero que nunca conseguimos tocar porque solo se realiza en el seno de Dios. Sin embargo, las ideas nunca dejan de dar algun fruto. Oigamos á B. Constant: «Jamás ha sido retirada una idea puesta en movimiento; jamás ha dejado de imperar la revolucion que se funda en ella, á menos de que fuese incompleta: la revolucion entonces era solo un sistema precursor de crisis, y se perfecciona luego que completada la idea vuelve á la carga.» Y cuando el pensamiento ha caido del corazón de los sábios al corazón de los pueblos, ¿no será disculpable creer con L. Aimé Martin, que no está lejos el día en que el de la supresion de las guerras haga su carrera en el mundo civilizado? Por fin, si locura es digna de risa, riámonos aunque sus autores se llamen Enrique IV, Manuel Kant ó Jeremias Bentham.

El hecho es que tambien el mundo se halla en esto mas adelantado. Antiguamente la guerra era una condicion de existencia para los pueblos; hoy solo la espera tal cual ranchería de salvajes; despues se hicieron por espíritu de conquista; hoy ya no son posibles esas empresas: húbolas tambien por intereses dinásticos; hoy las dinastías se guarecen á la sombra de los príncipios: las guerras están reducidas á ser *políticas ó comerciales*; ¡y cuánto tiemblan todos disparar el primer cañonazo! No cabe por tanto negar el progreso, ni afirmar que ha llegado ya á sus últimos términos.

Una especie de república federativa entre todos los estados europeos, tanteada ya, aunque con distintos caracteres en las co-federaciones Germánica y Helvética, ha sido el proyecto que ocurrió siempre á los *soñadores* de la paz perpétua. En efecto, todas las grandes asociaciones se cimentan en un principio de paz: de pueblo á pueblo han existido las guerras, porque para terminar sus diferencias no habia mas tribunal que el de Dios, y ¡cosa rara! los juicios de Dios han ido á buscarse por los hombres en lo que tienen menos divino, en la *fuerza* . Antiguas son ademas las instituciones federativas; la historia nos recuerda la Amphictionia griega, y la Lucumnsias de Italia. Enrique IV, ornado con los lauros de Vori y de Contrás,—émulo de la gloria del gran capitán Alejandro Farnesio,—se hallaba próximo á empezar la realizacion de sus proyectos, cuando el puñal de Ranaillac se interpuso en su camino. Aprovechando el cansancio y los celos que produjeron las continuas ambiciones de nuestra dinastía austriaca en su brillante principio; auxiliado por aquel Sully, modelo de ministros probos; y explotando los deseos é intereses de los potentados de Europa, los habia hecho entrar en sus miras (cuyo alcance no comprendian), por medio de negociaciones conducidas con tanto tino como secreto. La organizacion europea iba á salir de una guerra última, santa por su objeto, y emprendida con recursos desde largo tiempo preparados.

La idea se extravió en su rumbo, pero no quedó perdida: Fenelon la recogió en el Telémaco; el abad de Saint-Pierre la hizo asunto de uno de sus trabajos predilectos. El equilibrio europeo es tal, pensaba Saint-Pierre, que ningun príncipe tiene suficiente poder para romperlo y subyugar á los otros, y este hecho indudable facilita el arreglo de una confederacion sólida. Los soberanos deberian contratar alianza perpétua é irrevocable, nombrando plenipotenciarios que asistiesen á un congreso permanente, en el que, á manera de jueces ártitos, arreglasen todas las cuestiones que entre las partes asociadas se origináran. La confederacion habia de alanzar á los príncipes la posesion de sus estados con arreglo á las leyes fundamentales de los mismos; proclamaria el *bando de la Europa* contra el que infringiese el tratado; haria ejecutar sus juicios por la fuerza federal; y daria los reglamentos que creyese importantes al mayor bien de todos sus miembros. Hé aqui en resumen el plan sobre la *paz perpétua*. Rousseau lo calificó diciendo que si no se adoptaba era, no por ser malo, sino por ser muy bueno. «Es hermoso, concluia, pero consolémonos



de no verle planteado, porque tendría que hacerse por medios violentos y terribles. No vemos establecer las ligas federativas mas que por revoluciones; y bajo tal supuesto ¿quién se atreverá á decidir si la liga europea es de desear ó de temer?»

Bentham, positivo hasta el extremo que marca su *utilitarianismo*, fué menos asustadizo que el filósofo de Ginebra. Imaginó tambien la paz perpétua estribada en un congreso general, que fuese el poder supremo de la Europa; añadía como requisitos necesarios la reduccion de las fuerzas militares de mar y tierra, y la emancipacion de las colonias.

«Tiempo vendrá (esclamaba el ilustre juriconsulto) en que se necesiten pruebas muy auténticas para persuadir á generaciones mas sábias, que en épocas pasadas hubo hombres obligados por módico salario á cometer todos los actos de pillage, devastacion y homicidio que se les encomendáran; y que aun se les juzgase por eso dignos de recompensas nacionales!»

Tambien á Kant le deslumbró la imágen de la paz y de la confederacion europea; para formarla queria que todos los estados se rigiesen por una representacion nacional, teniendo separados el poder legislativo y el ejecutivo. La unidad absoluta le parecia naturalmente despótica, ya fuese monárquica ya democrática; y acertaba además en creer que era indispensable la homogeneidad de los gobiernos confederados. Nunca puede asimilarse lo que se rechaza mutuamente.

Hé aquí el viage científico de esa idea durante la edad moderna, que—como todas las de la humanidad—lleva en sí el germen de cosas que dejando tal vez de ser *utopías*, se realizarán en otros tiempos. Nada hemos querido decir de los proyectos socialistas: su escuela ha estado propagando hace años el pensamiento de un *congreso universal permanente*. Lo que no puede dejarse en silencio es que la idea que nos ocupa ha empezado á querer insinuarse en el terreno de la práctica. Cierta diputado de la asamblea francesa hizo ya, despues de la revolucion de febrero, una proposicion cuya falta de oportunidad contribuyó á darle burlesca acogida: poco despues se ha visto con respeto la celebracion del *Congreso de los amigos de la paz*, que ahora se reproduce. ¿Será esta liga menos noble que la comercial de Cobden? Aun no se han olvidado los acentos de Victor-Hugo, *gigante literario* no reducido á *pígameo politico*, por sus magníficos trabajos de parlamento. Tambien hay poesia en la vida pública; tambien tienen en ella su puesto los poetas. Cuatro personajes ilustres se han ofrecido en holocausto al espíritu moderno; Chateaubriand, Laménais, Lamartine y Victor-Hugo. ¿Serian mas grandes si se hubiesen quedado á retaguardia en la marcha de la humanidad?....

Esta es la historia: Dios solo sabe las aventuras que aun debe correr la idea. Parécenos que se limita mucho la esfera de esa aspiracion sublime, presentándola de la manera que observamos. La paz es hija de la armonia de intereses; y la armonia ha de resultar del concurso de grandes reformas, que hoy solo vemos acaso confusamente bosquejadas. Dejemos obrar al tiempo, y no desconfiemos de ver salir elaboradas,—la paz del seno de la guerra,—el orden del seno de las revoluciones.

A. GIL SANZ.

Agosto.—1831.

UN MÉDICO MUDO.

Un médico inglés cansado de vivir en Lóndres desconocido y miserable, tomó la resolucion de dirigirse á Lisboa con la esperanza de que su cualidad de inglés le serviría para hacerse un gran partido y sacar grandes utilidades. Desgraciadamente ignoraba la lengua portuguesa; pero lejos de desanimarse á la vista de tan poderoso obstáculo, creyó que podia pasar perfectamente por mudo, y que la novedad serviría para aumentar su reputacion y hacer su fortuna con mas rapidez. Era de la opinion contraria de Mr. Fontenelle, que pretende que los médicos deben hablar mucho, é insiste con tal fuerza en esta necesidad, que les concede el que hablen las mas veces sin razon.

A pesar de la opinion de Mr. Fontenelle, el médico inglés renunció á este medio, se hizo anunciar por un charlatan, y ocupó algunas semanas en hacer públicas sus maravillosas curas: se contaban diariamente algunas extraordinarias, y generalmente se atribuyó este resultado menos á las reglas de medicina que á algun don extraordinario de la naturaleza; porque para aumentar el buen efecto de sus visitas se asegura que en lugar de servirse de sus manos para tomar el pulso á sus enfermos, juzgaba del estado de su salud por la vista y por el olfato.

Aquellos que por primera vez concurrían á casa del médico inglés, creían que otra infinidad de enfermos les habian precedido, y miraban su casa como un sitio milagroso por sus anteriores curas. El inglés por su parte no procuraba satisfacerlos sobre este particular; su perpetuo silencio le libertaba de entrar en aclaraciones enfadosas. Des-

pues de haber examinado detenidamente al enfermo, tomaba una pluma y escribía á la ventura una receta. El que se mejoraba era feliz; el que no se empeoraba lo era todavía mucho mas; pero como la fortuna suele mezclarse en todo, sucedió que una persona de elevado rango se restableció completamente de una enfermedad muy peligrosa. Era una muger; y altamente reconocida hizo al médico un regalo de consideracion deshaciéndose en elogios de su Esculapio. La corte tomó parte en estos elogios, y el inglés llegó á ser el médico de moda.

Temiendo algun dia romper su silencio por cualquier accidente involuntario, jamás admitía en su casa ninguna visita sin haber metido antes en la boca un pedazo de ámbar con unas puntitas muy agudas que le recordaba su falta en el momento que quisiera hablar. Esta precaucion le valió en menos de seis meses un gran capital, pero esta farsa tuvo tambien su fin.

Nuestro médico se entregó á los placeres y pasaba muchas noches al lado de una hermosa portuguesa: pero no pudiendo armarse contra las indiscreciones de su lengua, tuvo la desgracia de ser tan débil como Sanson con una muger tan indigna como Dalila. La portuguesa oyó una noche que habia pronunciado algunas palabras, y á pesar de no haberlas comprendido, porque no entendía el inglés, conocía sin embargo que habia articulado algunas sílabas. Sorprendida de este milagro hizo cuanto pudo por que se repitiera, y habiéndose asegurado de ello, atribuyó este cambio á sus encantos. El charlatan á quien el médico se habia asociado, supo por ella misma esta aventura, y temiendo sus consecuencias avisó al médico. Ambos la ofrecieron grandes cantidades si prometía guardar silencio. Ella las aceptó, resuelta á violar lo mas pronto posible el juramento hecho.

Pronto se divulgó en Lisboa la noticia, y todo el mundo principió á mirarle como un impostor. Otros llevaron su credulidad hasta el extremo de figurarse que le habria sucedido como á otros muchos que van recobrando poco á poco el uso de la palabra. Si el inglés hubiera procurado sostener este error, le hubiera sido mucho mas ventajoso; pero no desconfiando completamente de la infidelidad de su amada, continuó haciendo el papel de mudo. Su osadia sirvió únicamente para aumentar la prevencion con que se le miraba, y algunos jóvenes alegres de cascos decidieron hacerle hablar apoderándose de su persona y atormentándole. El trastorno y el susto que sufrió en aquel momento el inglés, no le permitió ocultar el pedazo de ámbar con puntas que dentro de la boca tenia, y dió lugar á que lo advirtiesen los jóvenes. Observado por estos, no permitieron que arrojará el pedazo de ámbar, y viendo que tenia puntas, le apretaron fuertemente las quijadas y así le tuvieron largo tiempo. Despues le dejaron dando gritos y desquitándose de todo el tiempo que habia guardado silencio.

A pesar de esta desgracia el médico encontró medio de sostenerse todavía por algun tiempo en Lisboa, y salir de esta capital con toda la fortuna adquirida. Los enfermos que dejó al borde del sepulcro no estaban en estado de poderse quejar á la justicia; y aquellos á quienes habia curado por casualidad, creyeron de su deber y por reconocimiento facilitar su fuga, con la cual logró trasladarse de nuevo á gozar tranquilamente el fruto de su industria.

CAPRICHOS DE UN HOMBRE DE LETRAS.

Mr. Ravingthon, hombre instruido y de gran talento, vivió cincuenta y dos años, empleando en el estudio mas de veinte y cinco. Era tanta su asiduidad al trabajo, que todo el mundo esperaba de él grandes obras: era tanta su rigidez, que no dejaba pasar nada sin una crítica escrupulosa, siendo mucho mas severo consigo mismo, hasta el punto de no esperar todos de él sino cosas perfectas.

Verdaderamente este rigorismo le obligaba muchas veces á hacer pedazos por la noche lo que habia escrito durante el dia; y sus numerosos amigos se lisonjaban de poder examinar algun dia el fruto de tantos estudios, á lo cual contestaba Ravingthon con excesiva modestia.

Llegó el dia de su muerte y llamó á los que debían ser depositarios de su última voluntad; declarando entonces quienes habian de ser sus herederos. Como no habló de sus escritos ni de sus libros, le preguntaron si habia dispuesto ya de ellos.—Todavía no, contestó; á su tiempo dispondré.

Poco despues hizo traer á presencia de sus amigos sus manuscritos.

Los miró algunos momentos con ternura, y dijo despues tomándolos en la mano—«Estos han sido siempre mis mejores amigos, si merecen este nombre los que me han guardado siempre una gran fidelidad y me han proporcionado algunos momentos de alegría. Yo he encontrado un gran placer en reunirlos, en perfeccionarlos y ahora lo encuentro en verlos. Desde hace veinte años no ha pasado un solo dia sin que haya dejado de quitar ó añadir de ellos alguna cosa. No

quiero que lo que tanto he apreciado pase á otras manos que no sean las mías. Que me traigan fuego.

Sus amigos sorprendidos con tan estraña resolución, dudaron un momento y no quisieron obedecerle. El les manifestó con amargura que le ofendian con no obedecerle.—¿Con qué derecho, les dijo, me impedireis que yo disponga de mis obras? ¿Por qué me quereis quitar el único consuelo que me queda al morir? Tened entendido que si la justicia me obliga á dejar mis bienes á aquellos que me sobrevivan, porque los he recibido de mis antecesores, no me impide que yo destruya lo que no tiene lazo alguno con mis herederos, en fin lo que me pertenece exclusivamente, porque yo lo he producido. Soy el dueño absoluto de ello como el cielo lo és de mi vida. Mi voluntad será respetada ó me quejaré hasta mi último suspiro de la violencia con que soy tratado.

Al pronunciar estas palabras con la mayor agitacion estrechó los libros entre sus brazos sin permitir siquiera que se leyesen los títulos, y protestó repetidas veces que nadie podría hacerle cambiar de opinion.

El temor de anticipar sus últimos momentos obligó á sus amigos á obedecerle. El fuego mismo consumió sus manuscritos y á las pocas horas Mr. Ravingthon murió contento.

A FERNANDO DE HERRERA.

SONETO.

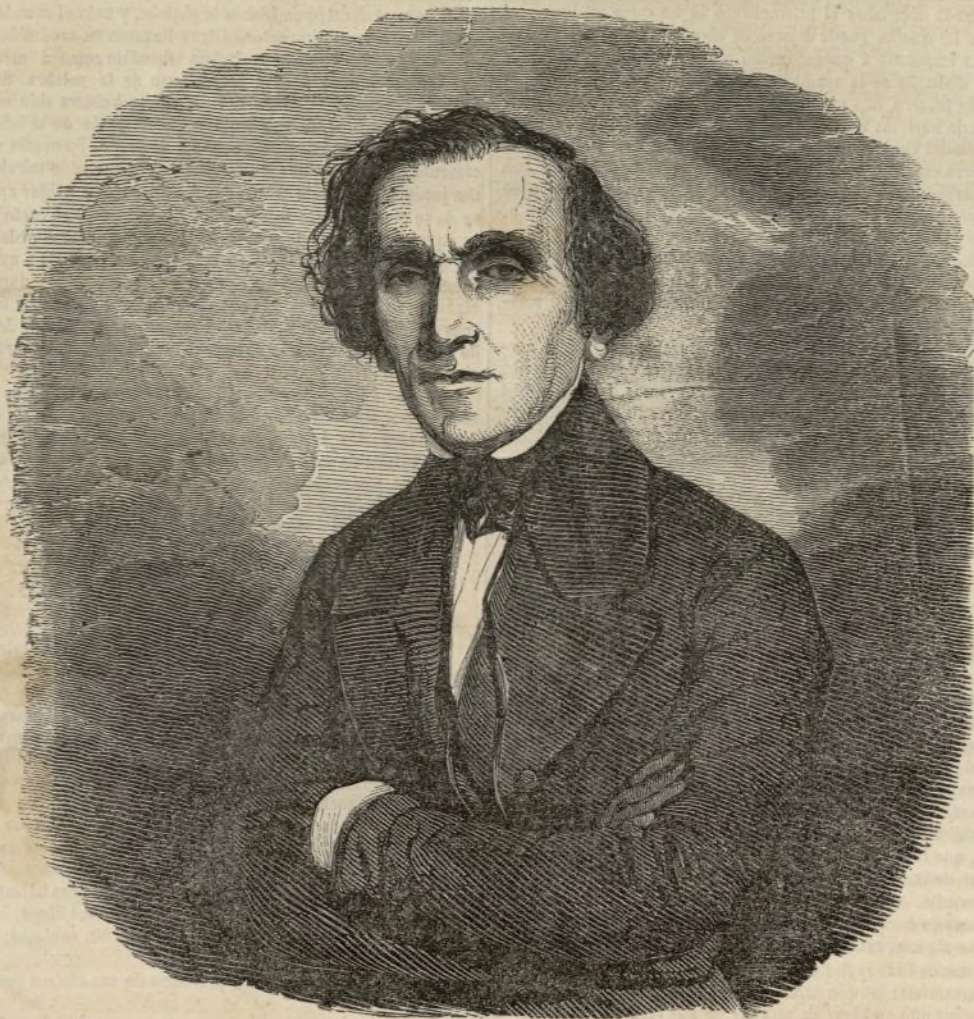
Cercado de la noche silenciosa,
Sin percibir el temeroso oído
Mas que del corazon ténue latido
Que marca la existencia presurosa:
En el feliz momento en que afanosa
Busca la mente el estro concedido
Solo á los corazones que han nacido
Dotados de esa luz maravillosa:
No ambiciono de Crespo las riquezas,
Ni de Alejandro la guerrera fama,
Ni del amor las plácidas ternezas;
Solo noble ambición mi pecho inflama
Al admirar, Herrera, las bellezas
Que en cada verso tu saber derrama.

EDUARDO GASSET.

Octubre-1.º-1851.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

En tiempo de higos no hay amigos.



Giacomo Meyerbeer.